

Los dos payasitos

DOMINGO MILIANI

La historia dice de un Carnaval. Eran dos amigos, copartícipes de bohemias y angustias, cuyas afinidades y coincidencias los habían llevado casi a adivinar sus propias decisiones. Trabajaban en la misma oficina, en escritorios frente a frente. Entraban *coincidentalmente* a la misma hora. Apetecían el café al mismo tiempo y cualquiera de los dos tomaba la iniciativa de servirlo. Un día acordaron someterse a una prueba. Cada quien, sin comunicarlo al otro, elegiría un disfraz para asistir a una fiesta, sin revelar cuál y correr cada uno su propia aventura.

Comenzó la fiesta. Se formaron las parejas. Bailaron animadamente. En un receso, los dos payasitos convergieron en la misma mesa. Ninguno de los dos la había reservado. Estaba libre junto con otras. Se acercó el mesonero. Ambos levantaron la mano al mismo tiempo y pidieron idéntica bebida: ginebra con agua tónica. Terminaron el trago y se levantaron a buscar pareja de baile. Cada uno eligió una colombina roja, de dos que estaban sentadas en una mesa contigua. Cuando concluyó el set musical, ambos invitaron a sus damas para compartir una mesa común. Repitieron la misma bebida, ahora para cuatro. Cada pareja dialogaba en voz íntima. El coloquio fue envolviéndolos, tanto, que no tuvieron noción de cómo, hacía más de una hora, la música había concluido, los intérpretes ya no estaban en la tarima de la orquesta, los demás participantes habían abandonado el local, sólo quedaban ellos dos, porque las colombinas se habían disculpado para ir juntas al tocador y se marcharon sin que mediara despedida. Los

dos payasitos se quedaron perplejos. Rogaron al mesonero que repitiese un último trago. Por el diálogo comprendieron lo inútil que era seguir ocultando su identidad, pues las coincidencias, una vez más los habían delatado. Llegó el mesonero. Tomaron los vasos. Elevaron el brindis y, al unísono, arrojaron las máscaras. Se quedaron mirando fija y silenciosamente. Los dos payasitos no se conocían.



Esta anécdota, contada por Oscar Sambrano Urdaneta se convirtió en una especie de bandera o consigna fraternal de nuestra amistad que comenzó en los días de juventud pueblerina.

Oscar Sambrano Urdaneta nació en Boconó el 6 de febrero de 1929, hijo mayor de Sabás Sambrano y María Urdaneta. El padre, zuliano, de Santa Bárbara. La madre, boconesa. El hogar gestó cuatro hermanos: Oscar, Miriam, Hugo, Esperanza.

En el pueblo manso y aislado, estudió la primaria, con algunos traslados a Santa Bárbara del Zulia, donde residía su padre. Los primeros cuatro años de Bachillerato los fue cursando en el Colegio Federal de Boconó, dirigido entonces por el Dr. Carlos Barazarte, farmacéutico formado en Alemania. La época del Positivismo en auge había producido en el país ese curioso fenómeno de formar profesionales de las ciencias con amplio sentido humanístico. El máximo nivel de aspiración de entonces era estudiar Medicina o Sociología en Europa, especialmente en París, para luego retornar a los perdidos pueblos y dedicarse a un ejercicio filantrópico de la Medicina así como a labores de docencia en Bachillerato. En Boconó, los profesores del viejo Colegio Federal, eran el farmacólogo, Director, ya nombrado; un odontólogo que enseñaba dibujo (Educación Artística), un médico graduado en París que se empeñaba en enseñar a sus alumnos a pronunciar un imposible francés de Manual. Un bachiller erudito en historia y otro, ejercitado matemático.

Varios jóvenes fundaron y mantuvieron durante años un pequeño quincenario: *La voz del Estudiante*. Lo sostenían algunos comerciantes locales con sus anuncios, un impresor generoso, olvidadizo de algunas deudas y aficionado a compartir un frío "botellón" de cerveza con los redactores, condición de puntualidad para la salida del periódico. La venta al pregón, a cargo de los incipientes redactores, completaba los ingresos no muy jugosos. Allí hicieron primeras armas literarias Oscar Sambrano Urdaneta, Rodolfo Berrio González, Hilario Pisani Ricci y Rafael José Segovia Pardi, fallecido temprano, cuando estudiaba Medicina en Buenos Aires.

En 1946 Oscar Sambrano Urdaneta protagoniza otra empresa periodística, animada y dirigida por el inquieto Elbano Pardi, marxista inteligente, recién llegado de Bogotá. Esta vez se trataba de una revista *Travesía*, en la cual Oscar figuraba como Jefe de Redacción. Circularon seis números.

Así fueron creciendo aquellos estudiantes. Se marchaban a graduarse de bachilleres en Mérida, Barquisimeto o Caracas. Dos de ellos, culminaron su educación pre-universitaria en el Liceo "Andrés Bello": Hilario Pisani Ricci y Oscar Sambrano Urdaneta. Ingresaron al Instituto Pedagógico Nacional y se graduaron de Profesores de Castellano y Literatura en 1950. Durante los años de estudio profesional, Oscar Sambrano Urdaneta y Guillermo Morón fundaron la revista *Mesa Redante*, que llegó a tener resonancia nacional, a pesar de que sólo circularon dos números monográficos.

El personal docente del Pedagógico, para entonces, contaba con figuras excepcionales de la Filosofía, la Literatura, la Filología, la Investigación Bibliográfica y la Crítica Literaria: Juan David García Bacca, José Luis Sánchez Trincado, Juan Chabás, Edoardo Crema, Guillermo Pérez Enciso, Felipe Massiani, Angel Rosenblat, Pedro Grases, Horacio Vanegas, muchos más a quienes resulta difícil citar de memoria.

Es insoslayable recordar, para que no se olvide nunca, que el Instituto Pedagógico de Caracas, fundado en 1936, apenas un año después de la muerte de Gómez, gracias a una misión chilena a quien Mariano Picón Salas convenció para venir a nuestro país, fue un centro de altísima cultura. Entre los chilenos llegaron pedagogos de muy ponderada sensibilidad intelectual y social como Juan Gómez Millas, posteriormente Rector de la Universidad de Chile, Eugenio González, el poeta Humberto Díaz Casanueva —animador del grupo *Viernes*—, el matemático Humberto Parodi Alister, quien sembró hasta sus huesos en nuestra tierra. También vale la pena decir que ese mismo año de 1936 estallaba la Guerra Civil Española y que, aventados por el fascismo de Francisco Franco, llegaron a Venezuela y al Pedagógico, para seguir camino o para quedarse definitivamente, valores morales e intelectuales de la talla de Juan David García Bacca, Eugenio Imaz, Juan Chabás, José Luis Sánchez Trincado, Augusto Pi Suñer, Pablo Vila, José Royo Gómez, Guillermo Pérez Enciso, Pedro Grases, para nombrar sólo a aquellos que formaron filas en las huestes de los grandes maestros del Pedagógico, institución a cuyas aulas se accedía como catedrático por comprobados méritos. Solamente por eso...

Grases, Crema, Sánchez Trincado y Massiani tal vez fueron los más próximos en el influjo y el efecto de Sambrano. Crema y Grases formaron verdadera escuela entre aquellas promociones que también, por su inteligencia y capacidad de estudio resultaron excepcionales. Basta mencionarlo entre quienes compartieron aula y pasillos con Sambrano, educadores e intelectuales como Alexis Márquez Rodríguez, José Santos Urriola, Pedro Pablo Paredes, Rafael Osuna Ruiz, Luis José Silva Luongo, Hilario Pisani Ricci, Marco Antonio Martínez, Rafael Di Prisco, José Vicate Abreu, Guillermo Morón —estudiante de Geografía e Historia— y otros.



Sambrano Urdaneta volvió a su pueblo natal como Profesor del Liceo "Juan Bautista Dalla Costa", plantel del cual sería también Director en 1952, por un tiempo corto, debido a incidencias de la dictadura de Pérez Jiménez. En Boconó, por las noches compartía con Homero Leonardi la tertulia de la Plaza Bolívar. Alternaban anécdotas e historia, comentarios de libros y poemas memorizados. Reunían en corro a una muchacha perpleja y silenciosa. Se interrumpía pocas veces el diálogo con alguna pregunta, así siempre ingenua.

Desde su infancia, la afición a la buena lectura había acompañado las vigiliadas de Sambrano. Su tía-abuela Juanita Velasco dejaba circular entre los jóvenes, las obras de escritores venezolanos, rusos, franceses, españoles: Pereda, la tía Bazán, Galdós, Fray Luis de León, en las viejas ediciones de Sopena Argentina o de las colecciones Universal y Austral de Espasa Calpe, además de traducciones de Zola, Maupassant, Flaubert, Dickens, Dostoiéwski, Tolstói, Dumas, sin faltar Emilio Salgari y Edgar Rice Burroughs que poblaban de aventuras la imaginación de niños y jóvenes de todo el país en los años 30 y 40. En una página autobiográfica que permanece inédita, Sambrano evoca la meritoria labor de la tía Juanita en esta forma:

El hecho más notable de mi infancia consiste en que comencé a formarme con mi tía-abuela Juana Josefa Velasco. Había sido ella maestra durante muchos años. Poseía además una pequeña biblioteca formada casi exclusivamente de novelas francesas, y también, de algunas inglesas, italianas, rusas, hispanoamericanas y venezolanas. Mi tía Juanita había empastado, ella misma, sus libros y los alquilaba a razón de medio real por el derecho a usarlos durante un quincena. Era, pues, una biblioteca circu-

lante, que logró mantenerse gracias a que no existía en Boconó casi ninguna otra posibilidad de esparcimiento.¹

De Caracas había llevado el joven profesor de 21 años una buena cantidad de autores venezolanos que comenzaban a divulgarse masivamente gracias a la Biblioteca Popular Venezolana editada por el Ministerio de Educación. Oscar sembró entusiasmo de lectores entre los nuevos muchachos del Liceo "Juan Bautista Dalla Costa". Escribió y publicó en Boconó su primer ensayo monográfico: *Apuntes críticos sobre Cumboto*, mientras afinaba y corregía minuciosamente otra investigación estilística: *El Llanero, un problema de crítica literaria*, que luego publicaría en los Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos.



El pueblo tenía dos parroquias resaltadas verticalmente por la Iglesia Matriz —o de San Alejo— y la Capilla de la Virgen del Carmen. En términos menos celestiales eran la Calle Arriba y la Calle Abajo. Generaban rivalidades entre una pequeña burguesía comerciante con pretensiones de oligarquía y una comunidad artesanal, laboriosa y aguerrida. La oblicua topografía de la Calle Arriba contaba también con sus callejuelas *non santas* y, de manera especial, con un sacristán de la capilla, amanerado y sensible, quien cada año organizaba *veladas artístico-musicales* en el salón de cine que improvisadamente, cada noche, emergía en el centro del Mercado Popular, en oposición a las que doña Mercedes Mazzei de Berti promovía desde la Calle Abajo. Para tales efectos, el cine arrollaba su pantalla y dejaba paso a una elevada tarima de madera donde el sacristán, —cuyo nombre era Venancio—, o doña Mercedes, *ensayaban y orquestaban* aquellos inolvidables programas. Ambos espectáculos, con sus números variados y pintorescos, hacían olvidar por una noche las municipales rencillas de las dos parroquias. La de doña Mercedes casi siempre comenzaba con el infaltable Himno Nacional, desentonado por las niñas de la Escuela. Después un número a cargo de la estudiancina que dirigía la gloria musical del pueblo, el maestro compositor Rafael María Hernández; luego, una "recitación" del poeta por antonomasia Eusebio Baptista, generalmente "La mujer de las naranjas",

1. "Notas para Elizabeth". Agradezco a su autor el haberme facilitado una copia de su hermoso texto, para precisar más exactamente algunos datos contenidos en el presente trabajo que, de ningún modo, pretende ser una biografía de Oscar Sambrano Urdaneta; cuando más, unas notas afectuosas de amistad y remembranza en su homenaje.

declamada por la voz sensualmente inconfundible de la niña Lourdes Dubuc. Llegaba el acto central: un *Cuadro Vivo*, suerte de pintura de Tito Salas, con personajes de carne y hueso. Doña Mercedes a veces se permitía pequeñas licencias en nombre del patriotismo, como aquella alegoría de la Independencia de América, donde la inefable belleza de Miriam Sambrano Urdaneta empuñaba la antorcha y elevaba los inmensos ojos negros hacia las diablas del escenario, como si fuera la misma estatua de la Libertad en Nueva York. Otras veces, cuando la "Estatua de la Libertad" padecía por los resfriados, tan comunes en las heladas noches pre-navideñas, el número era sustituido por una evocación del Delirio de Bolívar en el Chimborazo. El texto era leído por Carmen Silvia Villasmil, otra espectacular belleza de voz aún cargada de calores y entonaciones mágicas. Ella, vestida de tules emancipadores declamaba al pie de una cumbre de maderos y telas engrudadas, en cuya cima El Libertador, —Oscar Sambrano Urdaneta—, con negras patillas pintadas al carbón, inmóvil, blandía una espada de metal de verdad, que todos los muchachos, admiradores de El Zorro, envidiábamos; y uno, quien narra, al día siguiente de aquella velada, tuvo el atrevimiento de pedirle a Oscar que le prestara el sable maravilloso, para empuñarlo al menos por un instante. Así nos conocimos y aquella espada, tal vez impregnada de reminiscencias épicas de la Tizona, nos ha unido en un largo batallar donde las letras ganaron la disputa a aquella arma acerada y ya imposible de recobrar.



Quando Sambrano regresó al pueblo natal, entre sus alumnas se contaba Yolanda Castillo Miliani. ¿Y qué adolescente no se enamora de su profesor de Literatura? La Plaza Bolívar, cada noche de domingo se poblaba de música y muchachas; la música, por la retreta que la banda Municipal iba desgranando morosamente bajo la dirección del Maestro Rafael María Hernández. Por las calles que delimitaban la plaza iban las muchachas en haces, con los brazos entrelazados, como si temiesen un rapto inminente. En sentido contrario al giro que ellas daban, los jóvenes formaban también una línea de cortejantes. Eran los comienzos del noviazgo. Luego venían el compromiso, las visitas a la casa de la novia y, sólo entonces, las parejas podían pasear juntas por las noches de retreta. Sambrano cumplió tan seriamente aquel ritual, que Yolanda viajó a Caracas para cursar su Pre-Universitario y, seguidamente, se casaron. Aquel noviazgo aún prevalece después de 40 años de matrimonio.

En 1950 el asesinato de Carlos Delgado Chalbaud cambió el rumbo político de Venezuela hacia la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Sambrano comenzó a sentir poco tiempo después el hostigamiento padecido por quienes no adherían a la liturgia militar de la Semana de la Patria. Hubo de marcharse a Caracas. Trabajó como docente en la Escuela Técnica Industrial y en colegios particulares de Educación Media.



Yo había regresado a Boconó en 1950, por seis meses, en una interrupción de los estudios. El reencuentro con Sambrano fue de una fecundidad excepcional: no sólo el diálogo con el joven docente, apasionado por la Literatura, sino la orientación en lecturas, el préstamo de libros que luego comentábamos, fueron afirmando en mí la vocación de escritor y pedagogo. Muchos otros jóvenes, algunos en camino hacia la Universidad, como Francisco Pérez Perdomo, escucharon la opinión serena de Sambrano en aquella provincia donde aún hoy no existe una buena librería.

Mi decisión de estudiar en el Instituto Pedagógico, a partir de 1952, coincidía con la venida de Sambrano a Caracas. La amistad se hizo más intensa. Por él inicié el conocimiento y la amistad con don Pedro Grases, en cuya casa habitaría Sambrano por un año y donde disponíamos de la estupenda biblioteca. Eran años de resistencia contra la dictadura y la solidaridad política con educadores presos o perseguidos la compartimos también. De entonces data una entrañable comunicación de hermanos con Alexis Márquez, José Santos Urriola, Enrique Vásquez Fermín, Gustavo Díaz Solís, Rafael Agüín, Orlando Araujo y varios más.

En Caracas, la actividad intelectual de Sambrano se multiplicó. Volvió a colaborar en la Comisión Editora de las Obras Completas de Andrés Bello, donde antes, en 1949, como estudiante del Pedagógico había desempeñado el cargo de "Oficial Clase C", junto a Rafael Caldera, Pedro Grases y su compañero del Pedagógico, Rafael Di Prisco. Escribía reseñas bibliográficas para la *Revista Nacional de Cultura*, cuyo Jefe de Redacción era José Antonio Escalona Escalona. Frecuentaba el *Papel Literario* de *El Nacional* que presidía con su elegancia erudita Mariano Picón Salas.

Surgió el llamado *Grupo de los Cinco*: José Ramón Medina, Pedro Pablo Paredes, José Antonio Escalona Escalona, Oscar Sambrano Urdaneta y Orlando Araujo. Posteriormente se incorporó Rafael Angel

Insausti. La metodología crítica del Profesor Edoardo Crema estaba en auge y por lo menos Sambrano y Escalona la seguían muy de cerca. El grupo sesionaba los sábados en el restaurante *Tarzilandia* en Altamira. Discutían libros, comentaban novedades y acontecimientos. Escribían notas críticas para el *Papel Literario* y la *Revista Nacional de Cultura*. La relación fraterna surgida de esa circunstancia ha pervivido a través del tiempo.

Sambrano cambió de residencia en Caracas varias veces. Primero vivió en Las Acacias, luego en la Av. La Salle de Los Caobos, después en la Urbanización Horizonte, donde adquirió una modesta casa bautizada con el nombre "Yolosca". La biblioteca, en el segundo piso, era sitio de reunión no sólo literaria, porque los duendes de Oscar, cuando son convocados se sumergen en nostalgias de viejos boleros y vales, vocalizados por él y sus amigos, acompañados a la guitarra casi siempre. Aquel rincón fue bautizado por el poeta José Antonio Escalona-Escalona: "La Misterioteca". Allí resonaron las voces, las travesuras y el humor de Julio Garmendia, Horacio Vanegas, Carlos Cruz Diez, María Mercedes Ojeda, Luis Pastori, Carlos Silva, en fin, una larga nómina que incluye escritores latinoamericanos de paso por Caracas. Es la otra imagen de Sambrano Urdaneta, más allá del rigor académico, cuando canta "Macorina", robada en vivo a Chavela Vargas en la Pizzería "Catari" de México, o "La Playa" que Marie Laforet nos contagió alguna noche, o recita los poemas al río Boconó, o simplemente se pone romántico y otras veces de humor fino y urticante; nunca ha habido cabida para rencores, resentimientos ni maledicencias.



En 1958, a la caída de Marcos Pérez Jiménez, el Presidente de la Junta de Gobierno, Contralmirante Wolfgang Larrazábal, llamó a un antiguo condiscípulo de la Escuela Naval para que le organizara una Oficina de Relaciones y Servicios. El antiguo cadete se llamaba Horacio Vanegas. Horacio convocó un equipo de profesores y periodistas entre quienes se contaban Pedro Felipe Ledezma, Mario Torrealba Lossi, Carlos Izquierdo, Aníbal Nazon, Carlos Gauna, Oscar Sambrano Urdaneta y quien narra.

Oscar fue encomendado de organizar la Oficina de Información. Me asignó la Jefatura de Redacción de unas síntesis de prensa nacional e internacional para remitirlas todas las mañanas a los miembros de la Junta y al Gabinete Ejecutivo. Debíamos comenzar tareas a las

4 de la madrugada en los sótanos del llamado Palacio Blanco, contiguo al Cuartel de la Guardia Presidencial. Allí íbamos llegando semidormidos Aníbal Nazon, Carlos Gauna, otros periodistas y Panchita Jordán, la secretaria, cuando uno de los frecuentes conatos de golpe de Estado no nos obstruía el acceso.

Aquella Oficina, de indiscutible eficiencia, estructurada por Horacio, humorísticamente fue bautizada por Larrazábal como el "Liceo de Horacio". El estilo cordial y exigente de Horacio Vanegas se impuso. Cuando ocurrió el cambio de gobierno posterior a las elecciones de 1959, nos disgregamos. Sambrano fue llamado a ocupar la Jefatura del Departamento de Publicaciones del Ministerio de Educación. Allí fui yo también. Otra vez el compañerismo, la generosidad y el trato amable presidieron la gestión de Sambrano, para realizar una labor estupenda: puso al día la aparición de las revistas *Tricolor* y *Nacional de Cultura*. Con estudiantes del Pedagógico y dos alumnos míos del Colegio América —Oswaldo Aranda Clavo y Mery Sananes—, en tiempo brevísimo elaboramos el Índice de los primeros 150 números de la *Revista Nacional de Cultura*. Con esfuerzos se modernizó la Imprenta a cuyo frente estaba el inolvidable Gilberto Alvarez, gran caballero del humor y el trabajo tipográfico. Las faenas se cumplían con mística no muy frecuente. Se intensificaron las ediciones de la Biblioteca Popular Venezolana, Biblioteca Venezolana de Cultura y fueron creadas las colecciones Cuadernos de Poesía y Ediciones Tricolor. La primera nombrada recobró jerarquía y calidad similares a las de sus comienzos. Desde el punto de vista humano, allí convergieron en labores comunes hombres de la brillantez y condición humana de Rafael Rivero Oramas, Carlos Cruz Diez, Virgilio Trómpiz, Luis Martín Suárez, Morita Carrillo, Hilario Pisani Ricci, Efraín Subero y otros.

Sambrano logró elevar la remuneración por colaboraciones de la *Revista Nacional de Cultura* y *Tricolor*. Ello redundó en un notorio mejoramiento de calidad en los contenidos. Por aquellas oficinas ubicadas entre las esquinas de Cruz Verde y Velásquez, diariamente aparecía don Fernando Paz Castillo, cuya mansa figura de patriarca congregaba una tertulia al final de la tarde. A veces atronaba la voz de Luis Beltrán Guerrero o pasaba el silencio de don Julio Garmendia. Escritores y artistas del país o algunos visitantes del exterior veían aquel pequeño rincón lleno de calor humano como un sitio obligado de diálogo y hospitalidad. Por allí pasaron con su sapiencia y bondad César Dávila Andrade, Francisco Tamayo, Roberto Martínez Centeno, Edoardo Crema, Pedro Grases, Angel Rosenblat, Juan Da-

vid García Bacca, Mario Monteforte Toledo, Hans Karl Schneider, Jorge Carrera Andrade, Alfonso Cuesta y Cuesta, Luz Machado, Gloria Stolk, Eduardo Arroyo Alvarez, Francisco Pérez Perdomo, Juan Calzadilla, en fin, nombres de intelectuales en lista innumerable.



Nuestra amistad de hermanos había ido estrechándose en la conversación con la cual mi crecimiento profesional está en deuda. Salíamos juntos de la oficina y nos marchábamos a cenar con amigos o, simplemente, a la puerta de la casa de Horizonte presentamos el amanecer sin concluir la charla. En una oportunidad estuvimos, en efecto, desde las 11 de la noche hasta las 5 de la mañana, frente a la casa de Oscar, hablando dentro de un Volkswagen de mi propiedad. Al día siguiente, Yolanda lo comentó con cierto amigo. Nuestro común hermano José Santos Urriola, al enterarse de aquel diálogo, con su escepticismo e ironía de siempre comentó:

“— ¡Carajo! Ni que fueran Sócrates y Platón”.



Entre 1962 y 1966 Oscar Sambrano Urdaneta obtuvo la Licenciatura en Letras en la Universidad Central. Ese tiempo, de dura agitación política en el país me mantuvo alejado en México, adonde fui para hacer también estudios de postgrado. Entrecruzamos una correspondencia frecuente en la cual ya estaban plasmadas las ideas para dos proyectos: emprender a mi regreso, en equipo, la redacción de un Diccionario de la Literatura Venezolana, que fallidamente había intentado nuestro Profesor Edoardo Crema dentro de un plan mayor auspiciado por la Unión Panamericana, pero inconcluso. Los primeros borradores habíamos comenzado a discutirlos en tiempos del Departamento de Publicaciones. El otro plan era escribir juntos un Manual de Literatura Hispanoamericana dirigido a los estudiantes de Educación Media, capaz de estimular el amor por la lectura y contribuir a la superación del rechazo al conocimiento de la Lengua y la Literatura, generado por la tarea pasiva de rellenar vacíos de adivinanza en las guías que desvirtuaron el método de estudio dirigido.

En 1965, José Ramón Medina y Sambrano Urdaneta viajaron a México, para asistir a un Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Fecundo reencuentro el de entonces. Allí se proyectó reunir el mismo Instituto por primera vez en Venezuela. Volvimos a pensar en los proyectos consultados en las cartas. Recorri-

mos la vasta ciudad contaminada, perdida la transparencia de su aire. Visitamos a Rulfo y Arreola en el Centro Mexicano de Escritores. Oímos las rancheras inevitables de la Plaza Garibaldi. Brindamos por nostalgias de tierra y gente.

En marzo de 1967, la circunstancia de estar yo en Mérida al frente del Centro de Investigaciones Literarias y él adscrito a organismo similar de la Universidad Central, permitió poner otra vez sobre la mesa el proyecto del Diccionario. Hubo pequeñas batallas verbales y periodísticas por la paternidad del proyecto. En verdad habían sido redactados varios, pero ninguno arrancaba. En Mérida reunimos una “Mesa Redonda para un deslinde crítico de la Literatura Venezolana”. Todos fueron invitados a participar: los de Caracas y el Zulia, los de la Universidad Central de Venezuela, el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (INCIBA), la Universidad de Los Andes (ULA), el Pedagógico, la Universidad Católica “Andrés Bello” (UCAB). El Proyecto se puso en marcha y el Diccionario terminó realizándose en Mérida. La mediación y la prudencia de Sambrano fueron providenciales en aquella coyuntura que había estado a punto de hacer zozobrar una idea útil.

Ese mismo año se reunía en Caracas el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, en Congreso de homenaje a Rómulo Gallegos, con motivo de otorgarse por primera vez el Premio Internacional de Novela que lleva su nombre. Además de Vargas Llosa y García Márquez, en esa oportunidad, memorable por muchas razones, coincidieron en Caracas y en Mérida creadores y críticos: Rodríguez Monegal y Angel Rama, junto a Eduardo Mallea, Fernando Alegría, Juan Carlos Onetti, Javier Villafañe, José Luis Martínez, Pedro Guillén, José María Castellet, Rubén Bareiro Saguier, Alfredo Roggiano, entre los invitados latinoamericanos y Salvador Garmendia, Adriano González León, Gustavo Luis Carrera, Luis Navarrete, Efraín Subero, José Antonio Castro, etc. entre los venezolanos. La generosidad y diligencia de José Ramón Medina, Secretario de la Universidad Central, de Pedro Rincón Gutiérrez, Rector de la Universidad de Los Andes, Luis Quiroga Torrealba y Oscar Sambrano Urdaneta en el Pedagógico, permitieron el coauspicio inter-institucional para efectuar aquella reunión, provechosa como ninguna para iniciar un conocimiento más profundo de cuanto estaba ocurriendo en el panorama literario latinoamericano del momento.



En octubre de 1970 decidí renunciar a mi situación universitaria en Mérida. Me incorporé al Instituto Pedagógico a partir de enero de 1971, gracias a la hospitalidad y el empeño de Pedro Felipe Ledezma, Ezequiel Canacho y otros colegas. Los tres meses que mediaron entre octubre y enero fueron de intensa actividad para la iniciación del Manual de literatura Hispanoamericana que escribimos a cuatro manos. Los primeros borradores los habíamos intercambiado antes. Sambrano enviaba lo escrito por él a Mérida y yo hacía otro tanto. Pero a partir de mi venida a Caracas las reuniones de trabajo se hicieron diarias e incluso nos mantuvieron afeitados en lecturas y discusiones hasta las madrugadas. Fue cuando se produjo la anécdota que generó la exclamación de nuestro entrañable amigo José Santos Urriola. No hay página de ese libro que no haya sido discutida consciente y responsablemente por ambos; no hay texto escrito por uno que no se halla impregnado con observaciones y adiciones del otro. Difícil armonía de trabajo intelectual que sin egoísmos creció bajo el único interés de prestar un servicio a nuestros estudiantes. Labor que sólo fue posible en la coincidencia de los dos payasitos del cuento, con una sola diferencia: fue posible porque en este caso los dos payasitos sí conocían bien los modos profesionales de pensar que los han mantenido en labor de hermanos.



Los años compartidos en el Pedagógico hasta la jubilación, nos integraron también a Luis Quiroga Torrealba. Mediante un acordado proceso de diálogo atablado a tres voces surgieron dos iniciativas en las cuales estuvimos juntos: la fundación de los cursos de postgrado en Lingüística y Literatura Hispanoamericana, primero; casi inmediatamente después, la fundación del Centro de Investigaciones Lingüísticas y Literarias "Andrés Bello" (CILLAB). ¿Por qué Sambrano estuvo ausente del postgrado del Pedagógico? ¿Por qué yo estuve ausente de las tareas del CILLAB? Ambas preguntas nos han sido formuladas reiteradamente tanto a Sambrano como a mí. No hubo razón premeditada. Pienso que en ninguno de los dos casos nos propusimos monopolizar instituciones. Sambrano estaba absorbido por sus cátedras de la Escuela de Letras en la Universidad Central, además de los cursos de pregrado en el Pedagógico. Muchas veces lo invitamos a dictar cursos de literatura en el postgrado y nos consta que no disponía de tiempo.

Cuando surgió el Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos" Sambrano Urdaneta formó parte de su Consejo Directivo.

Fue por ese tiempo cuando nació la idea del CILLAB. Muchas ideas e iniciativas de uno fueron adaptadas a las circunstancias académicas del otro, fundado en el Pedagógico, en la redacción de cuyo proyecto tuve la alegría de participar, así como en los cruces de opiniones preliminares, con Luis Quiroga y Oscar Sambrano. No obstante, ni Sambrano ni yo dispusimos de tiempo para colaborar más directamente en sus actividades y pensamos siempre que debía abrirse espacio a nuevos colegas para la conducción de ambas empresas fundadas en el Pedagógico: tanto el Centro "Andrés Bello" como el posgrado.



Por los días en que redactábamos el Manual de Literatura Hispanoamericana, Sambrano veía crecer la construcción de una nueva casa ubicada en una colina de la Urbanización Santa Paula, con vista privilegiada hacia el valle y el Avila. Yo bromeaba y decía que en realidad él había comprado metros cuadrados de paisaje. Así surgió la quinta "Tierra Firme", donde habita hasta hoy. Su desarrollo, piedra a piedra, lo compartí con él. En un sótano de la biblioteca fueron domiciliados los duendes de la "Misteriotea" nacida en la casa de Horizonte. Yo ambulaba todavía con una muleta, primero; luego con un "bastón de puño de oro", como el de Blanco-Fombona, pero que había pertenecido a un antepasado de Sambrano y que Oscar conservaba con celo casi religioso.

Comparto plenamente la teoría de Sambrano Urdaneta, según la cual existen dos categorías de nobleza: la de sangre y la de alma. La de sangre degenera en aristocracia, absolutismo y taras genéticas. La de alma se forma con dos ingredientes en abundancia: honestidad y generosidad no desmentidas. Los títulos de nobleza de sangre se podían comprar. Los de nobleza de alma son "insobornables, intransferibles y no negociables". Para mencionar sólo a quienes ya no están, fueron elegidos príncipes en la nobleza de alma: Horacio Vanegas, Fernando Paz Castillo, Julio Garmendia, Orlando Araujo, José Vicente Abreu.

El 1º de agosto de 1972 yo andaba eufórico. La noche antes habíamos celebrado el otorgamiento del Premio Internacional de Novela "Rómulo Gallegos" a Gabriel García Márquez, competidor imbatible. En el Jurado, lleno de cordialidad, estaban el poeta español José Luis Cano, Mario Vargas Llosa —en su condición de ganador precedente—, Antonia Palacios, Oswaldo Trejo y yo. Además, me había llegado una invitación para viajar a Chile a otro Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. La invitación era por

partida doble: de Nelson Osorio, a quien sólo conocía por cartas cruzadas; y del Presidente Salvador Allende, a quien sí había conocido en casa del General Lázaro Cárdenas, durante mi permanencia en México, cuando él lanzó por primera vez su candidatura de la Unidad Popular y pocos creían en su triunfo. Nunca imaginé que la memoria excepcional de aquel luchador socialista hubiera fijado el nombre de quien entonces era lo que sigue siendo: un simple estudiante de Literatura.

Salí del edificio donde tenía alquilado un pent-house, muy cerca del Pedagógico. Iba a retirar el pasaje y los viáticos en la Administración del Instituto. Frente a las Oficinas de la PTJ en El Paraíso, un automóvil trepó a la acera y me arrolló. Fui recogido y llevado al Hospital Militar. Allí en Emergencia Pediátrica trabajaba un hermano, el médico Carlos Daniel Miliani. Mientras esperaba el diagnóstico en una camilla del servicio, el primero en llegar fue Oscar Sambrano Urdaneta. Quiso darme el mayor ánimo posible y, con la voz quebrada, me dijo:

—Poeta, los príncipes no se caen.

—Pero los tumban, —le respondí.

Los dos reímos ante la perplejidad de médicos y enfermeras. El dolor muy agudo de una fractura abierta en el trocánter del fémur izquierdo, se atenuó con aquel gesto solidario del príncipe fundador de la nobleza de alma.



Junta Directiva del Colegio de Profesores de Venezuela para el periodo 1956/57. De izquierda a derecha: Alexis Márquez Rodríguez, Edmundo Camero, Yolanda Delgado, Gustavo Díaz Solís, Facundo Camero, Jeanette Letjer y Oscar Sambrano Urdaneta.



Bautizo de la segunda edición de La Tienda de Muñecos, de Julio Garmendia, en la Librería Suma de Caracas. De izquierda a derecha: Salvador Garmendia, Julio Garmendia, Oscar Sambrano Urdaneta y Adriano González León.



En plena actividad docente. Charla para estudiantes en La Casa de Bellu.



En Santiago de Chile (1990), en compañía del poeta Humberto Díaz Casanueva, uno de los más distinguidos integrantes de la misión chilena que fundó el Instituto Pedagógico Nacional.